

LORD MORAN
ANATOMÍA DEL VALOR

EL ESTUDIO CLÁSICO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL
ACERCA DE LOS EFECTOS PSICOLÓGICOS DE LA GUERRA



Publicado originalmente en 1945, Anatomía del valor es un relato radical sobre los efectos psicológicos de la guerra narrados a través de vívidas observaciones de primera mano, así como de jugosas anécdotas.

Al exponer el «metabolismo íntimo» de su propia mente y recordar sus experiencias como oficial médico en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial, Lord Moran explora la verdadera naturaleza del valor en el frente.

En estas páginas la vida y la muerte no son conceptos filosóficos lejanos, sino que se sienten y se padecen como si estuviéramos hundidos en las trincheras.

Lord Moran es considerado uno de los médicos de guerra más importantes de la historia y sus observaciones llenas de humanidad, sus análisis científicos y las soluciones que propuso estaban muy adelantadas a su época y constituyen una gran fuente de información sobre la Primera Guerra Mundial.

Los temas abordados en este libro trascienden la historia militar para arrojar luz sobre el comportamiento humano en situaciones extremas y la manera de gestionar crisis colectivas.

*Dedicado a MI PADRE,
que vivió sin temor, por SU HIJO,
no tan afortunado*

Agradecimientos

Mis agradecimientos, en primer lugar, a *sir* Winston Churchill, que me llevó allí donde podría aprender de quienes libraban la batalla; al coronel Corner, quien, hasta ser derribado y muerto en combate, fue mi piloto en más de un sentido entre los mandos de cazas y de bombarderos; a *lady* Desborough, a Desmond MacCarthy, al doctor H. K. Prescott y a mi esposa, por sus críticas y consejos; y a los oficiales y soldados del 1.^{er} Batallón de los Fusileros Reales, de quienes aprendí lo que los hombres pueden hacer en la guerra.

Nota previa de la traductora

El lector ha de tener presente en todo momento que este libro se escribió en 1943. Así, todas las referencias que hace el autor al «momento actual» o a «esta guerra», se refieren a la que conocemos ahora (que no entonces) como Segunda Guerra Mundial. El estudio que lleva a cabo Moran sobre el impacto y las consecuencias del estrés de guerra (que hoy conocemos como estrés postraumático) lo elabora este a partir de sus experiencias en los que nosotros denominamos Primera Guerra Mundial y a la que en el texto se hace mención como «la primera guerra» o «la pasada guerra».

Introducción

General *sir* Peter de la Billière

El valor vence al miedo. En estados de guerra, el combate genera un entorno donde el miedo campa a sus anchas y donde, de no prevalecer el valor, todo está perdido. En calidad de capitán, Charles Wilson Moran prestó servicio como médico de batallón de los Fusileros Reales durante dos años y medio en la Primera Guerra Mundial. En el desempeño de este cargo tuvo la oportunidad de formarse un juicio sobre el valor —«el más formidable y ansiado de los rasgos del ser humano»— y de intentar comprenderlo en el marco de una de las guerras más duras, cruentas y destructivas de la historia reciente, una guerra en la que la vida prácticamente llegó a carecer de él. Para aquellos que se vieron inmersos en el combate, la experiencia sería mucho más lóbrega, tal y como sucedería a orillas del Somme, donde «las altas expectativas culminaron con sesenta mil bajas solo el primer día de combate y sin resultado». Años después, el capitán Wilson, ennoblecido con el título de lord Moran, se convirtió en el médico de cabecera de *sir* Winston Churchill y fue testigo del efecto de la presión de una alta responsabilidad, cuando su paciente ocupó la cúspide del poder durante la Segunda Guerra Mundial y, a continuación, en la Gran Bretaña de la posguerra.

Anatomía del valor recoge la experiencia de Moran y la interpretación que, a partir de ella y siempre desde el punto de vista de su profesión, hace del valor en la batalla —

una ordalía para la que muy pocos están cualificados—. Cuando ejercí como oficial al mando del Servicio Aéreo Especial, ordené a todos los nuevos reclutas que se hicieran con una copia de este libro tan sumamente interesante, para que así pudieran llevarse consigo al frente la experiencia de Moran.

El valor no es del dominio exclusivo de un único cuerpo militar; es esencial para la moral y la efectividad en el combate de los hombres y mujeres soldados que prestan servicio tanto en la Marina, como en el Cuerpo Aéreo y en el Ejército de Tierra. En la guerra, el valor y el miedo se encuentran en permanente conflicto, dado que sin miedo no sería necesario el valor. Moran examina esta cuestión y aplica la lección a los tres cuerpos.

En el marco de la guerra, la capacidad de liderazgo entre los mandos inferiores resalta el valor personal del individuo, su capacidad táctica y su habilidad para comunicarse. En los altos mandos, estas tres características son ingredientes indispensables y se unen a ellas otras cualidades. Con todo, no hay *ningún* rango en el que el valor no sea una constante esencial para la persona, independientemente de la posición que ocupe o del cuerpo en el que sirva; sin él, todo está perdido. Churchill, que contaba con una amplia experiencia como soldado de combate, exhibiría su acostumbrada agudeza cuando dijo: «El valor no está sobrestimado... porque es *la* cualidad que garantiza todas las demás».

Todos los mandos, sean del nivel que sean, tienen la responsabilidad de identificar hasta dónde llega el valor de cada uno de los individuos a sus órdenes, antes de que sus reservas se agoten —propiciando el colapso debido a la carga de estrés personal— y se tornen peligrosos para sí mismos y para sus compañeros. Para poder juzgar hasta dónde llega el valor de una persona se requiere experiencia en la detección de la aparición de estrés en ella. El mando debe entonces recurrir a su propio valor moral para to-

mar la decisión, necesaria pero potencialmente impopular, de apartar, en el combate, a un hombre o a una mujer de un puesto en el que, en tiempos de paz, podría haber destacado perfectamente.

El valor moral es una cualidad superior y menos frecuente que el valor físico. Abarca todas las clases de valor y es de él de donde emana este último. Todos enfrentamos a diario decisiones que requieren valor moral, incluso en el ámbito personal y privado: disciplinar y educar a nuestros hijos, por ejemplo. Se aplica en los negocios, en el ejercicio de la ley, en instituciones como colegios y hospitales. Se requiere valor moral para oponerse a la multitud, para asistir a una víctima de *bullying* o para destapar la negligencia cuando otros preferirían mantenerla oculta. El valor moral implica la creencia de que lo que uno hace o dice está bien, y la disposición a defender esa creencia a toda costa, independientemente de lo que ello suponga para la popularidad o aceptación propias. Fácil de decir, pero complicado de llevar a efecto. Según mi experiencia, es raro que una persona con un elevado valor moral no exhiba un grado de valor físico igual de notable.

Mi primera experiencia en la guerra fue a los diecinueve años como alférez de la Infantería Ligera de Durham en Corea. Allí me uní a una sección que ya llevaba seis meses en zona de combate y se había visto expuesta de forma continuada a fuego de mortero y a la presión de asaltos y patrullas. Los hombres habían sufrido numerosas bajas y visto caer muertos o heridos a muchos de sus mejores amigos. Las probabilidades de que se produjera una tregua eran ínfimas, de modo que no era de extrañar que las reservas de valor comenzaran a agotarse en algunos de aquellos hombres.

Entre aquellos veteranos hastiados de combatir había un subcabos, un excelente ametrallador armado con una Bren. Una noche salió en una de tantas patrullas para tender una emboscada algo más adelante de nuestra posición,

en la Colina 355: un valiente hombre de honor que había sobrevivido a meses de combate sin tregua y que marchaba a patrullar sin oponer queja alguna. En el transcurso de aquella noche escuchamos la detonación de una única ráfaga de ametralladora procedente de la ubicación de nuestros hombres en tierra de nadie y, poco después, regresaron los supervivientes con dos bajas, ambos muertos. Al parecer, el subcabos había oído un ruido y, presa del nerviosismo, había disparado por error contra sus propios compañeros.

Esta clase de equivocaciones son muy frecuentes en la guerra, lamentablemente. En este caso, a pesar de haber ofrecido hasta el momento un servicio aguerrido, el soldado había agotado sus reservas de valor, y los nervios y el miedo habían podido con él. Yo, que por entonces carecía de experiencia, no había sido capaz de identificar determinados patrones en su comportamiento. Como consecuencia de aquello, se le envió de regreso a casa, aquejado de un cuadro de estrés y extenuación extremos; sin embargo, yo debería haberle enviado antes a la retaguardia para que hubiera podido descansar, evitando así su estado de agotamiento nervioso. De haberlo hecho, quizá él hubiera podido recuperarse y regresar para prestar un valioso servicio en primera línea de combate. Yo tendría que haberme dado cuenta de que sus reservas de valor estaban bajo mínimos, pero era la primera vez que enfrentaba el hecho de que el valor es una cualidad fungible.

En la guerra es mucho lo que depende de la capacidad de un hombre de gestionar su miedo, una cuestión que nos afecta a todos y que Moran aborda en su ensayo. El dolor nos advierte de forma inmediata de que nuestro cuerpo está sufriendo o ha sufrido algún daño; el temor convence al cerebro de que evite riesgos que puedan provocarnos una lesión física o la muerte. El miedo en la guerra es contagioso y, si no se disciplina, puede destruir a una unidad entera y, ni que decir tiene, al individuo. Solo puede superarse con

altas dosis de valor, respaldadas por la disciplina y la motivación.

El valor físico en la batalla es una cualidad obvia y hartamente demandada, y, tal como explica Moran, se trata de un activo que todos poseemos, aunque en diferente grado; al igual que el crédito en una cuenta bancaria, es, como queda dicho, fungible. Tal y como ocurre con el dinero, las reservas de valor pueden irse reduciendo a un ritmo constante, dependiendo de los niveles de estrés prolongado que se experimenten en el combate o en otras situaciones extremas. El valor físico se adquiere con autodisciplina, mediante el dominio y el aplacamiento de ese miedo innato a todos los seres humanos.

Todos los animales experimentan miedo. Forma parte, cómo no, de su sistema defensivo de advertencia, y el ser humano no es una excepción. La exposición prolongada al miedo provoca estrés, el cual se acumula y precipita el colapso del rendimiento normal de una persona. No hay nadie que pueda liderar de manera efectiva un grupo de soldados en la batalla, sea cual sea su causa o su nacionalidad, si no tiene esto en cuenta y sabe cómo gestionar su propio miedo.

Las crónicas militares e históricas están repletas de ejemplos de oficiales y civiles que en tiempos de paz eran líderes respetados por sus unidades o por los servicios prestados, pero que, al verse expuestos al miedo y al estrés que día tras día en la batalla genera el riesgo de morir o ser herido, cayeron en un estado de parálisis incapacitante. Estos hombres tuvieron que ser relevados de sus puestos por su propio bien: de haber permanecido en ellos, la fragilidad de su estado mental les habría imposibilitado cumplir con sus responsabilidades. Esta fragilidad es contagiosa y, si no se erradica, puede extenderse rápidamente por una unidad o entre la tripulación de un barco, causando un deterioro generalizado de la moral y de la voluntad para luchar.

Apartar a un hombre de la zona de combate no solo lo beneficia a él, sino también a su superior, pues, cuando la víctima recibe un tratamiento desconsiderado, es fácil que se derrumbe debido a la conmoción, la neurosis de guerra o cualquiera que sea el término utilizado por los médicos, y no se recupere jamás; eso fue precisamente lo que le sucedió al ametrallador de mi sección en Corea. Intervenir a tiempo es uno de los recursos con que cuenta un oficial experimentado para minimizar las bajas que pueden derivarse de estas situaciones, y, si conoce bien a sus hombres, debería ser capaz de detectar cuándo alguno empieza a desarrollar fatiga del combate, con el fin de evitar el colapso antes de que sea demasiado tarde. Se puede conseguir que el valor de un individuo perdure si se le permite descansar antes de que alcance el estado crítico en el que cayó mi ametrallador. No obstante, en el caos de la batalla y con la muerte campando a sus anchas, resulta complicado evaluar estas situaciones.

Gracias a su formación médica, Moran estaba mejor capacitado que la mayoría para comprender el estrés, y en este libro describe sus métodos para evaluarlo y tratarlo. Explica cómo enfrentaba a quienes lo utilizaban como excusa para ser relevados del servicio cuando, en realidad, estaban en perfecto estado para combatir, y presenta ejemplos de su empatía hacia quienes realmente se encontraban bajo presión. El efecto de la exposición al estrés era bien conocido en tiempos de la Primera Guerra Mundial, pero, a pesar de los importantes avances realizados en este campo desde entonces, aún existe cierto desconocimiento sobre el tema, de ahí que el juicio individual desempeñe un papel crucial a la hora de detectar un cuadro de estrés en una persona. El caso que citaba con anterioridad sobre el ametrallador es un clásico ejemplo de ello. Moran contribuye a facilitar la comprensión del proceso, al relacionar la capacidad de asimilación de estrés de un individuo con un fondo bancario cuyo saldo va reduciéndose de positivo a

negativo, hasta precipitar finalmente una crisis, en el ejemplo que nos ocupa, nerviosa.

Cada uno de nosotros dispone de un fondo de valor: en algunos, el saldo es notablemente positivo; en otros, reducido o incluso nulo. Pero en la guerra todos podemos conseguir que ese saldo dure más a base de disciplina, patriotismo, instrucción y fe. Las personas inteligentes son más propensas a sentir miedo porque, en el combate, toman mayor conciencia de lo que sucede a su alrededor y del peligro que entraña para sí mismos y para su unidad. Un individuo inteligente tiene que hacer un esfuerzo para controlarse, y es fácil que se derrumbe, debido a su temperamento y su imaginación. Por el contrario, quien carece de imaginación, quien es incapaz de calibrar la trascendencia de un peligro, puede realizar hazañas en apariencia valientes, pero que no lo son tanto simplemente porque están motivadas por la ausencia de dicha facultad. El valor es la superación consciente del miedo mediante la autodisciplina.

En tiempos de paz resulta imposible replicar el intenso miedo que producen los bombardeos continuos y el estrés de presenciar cómo matan o hieren a un amigo. Tampoco se puede reproducir el grado de ansiedad al que se ve sometida una persona obligada a vivir durante días o meses bajo un estado de amenaza constante para su integridad física; solo la guerra puede determinar la reacción de un ser humano en estas condiciones, de ahí que sea imposible identificar a aquellos con niveles bajos de valor antes de destinarlos al combate.

«Entrena duro, vive más» era el adagio que regía el proceso de instrucción en Hura Mura, el campamento base japonés desde el que se enviaban refuerzos a Corea durante la guerra. Allí se nos autorizaba a correr riesgos que no se habrían tolerado jamás en cualquier otro centro de instrucción, y había un porcentaje de bajas permitido. Podíamos operar con un alza de seguridad de solo cinco grados por encima de las tropas atacantes y las armas que disparaban

fuego real desde posiciones fijas, incluso lanzar ataques de mortero o de artillería extremadamente cerca de los hombres posicionados en tierra. No es de extrañar que la tasa de bajas fuese elevada para un centro de maniobras; no obstante, aunque es cierto que murieron varios reclutas en el campo de tiro en Japón, no tengo la menor duda de que la experiencia de tan dura instrucción salvó muchas vidas en Corea y proporcionó a los mandos una primera oportunidad para identificar a aquellos soldados que quizá podrían venirse abajo en la batalla.

Nada más alistarme en el ejército supe, al igual que otros soldados jóvenes, que era necesario evaluar mi capacidad de superar el miedo y de comprenderlo, sobre todo en el campo de batalla. La forma más obvia de ponerme a prueba era experimentar el miedo real en combate, tal y como han hecho los guerreros durante siglos, pero también me dispuse a buscar una fuente de información que pudiera servirme de guía y de consejo ante ese reto. Di con ella cuando, siendo yo un joven teniente, un amigo civil me plantó en la mano su ejemplar del libro de lord Moran. «Léete esto», me dijo, y enseguida me absorbió la lectura de un texto que se ha convertido en una referencia para el análisis y la comprensión del miedo y del papel que desempeña el valor a la hora de suprimirlo, y cuyo autor, además de poseer una amplia experiencia en el campo de batalla, desarrolla el punto de vista de un médico en ejercicio. *Anatomía del valor* se convirtió en mi guía espiritual, y procuré ofrecerles a otros la oportunidad de compartir la experiencia poniendo diversos ejemplares a disposición de los soldados, amigos y familiares que mostraron interés en el tema. La juventud ansía comprender el sentido del valor, siempre ha sido así, y, por mucho que hayan cambiado las formas de combatir, el valor continúa siendo necesario en los enfrentamientos militares. *Anatomía del valor* sigue teniendo la misma vigencia y relevancia para el soldado de hoy que para el de ayer, cuando se escribió.

El requisito personal más importante para quienes van a la guerra es comprender el enigma del valor y reconocerlo como un elemento crucial para superar el miedo. Cumplido este requisito, el saldo del valor aguantará más tiempo. La necesidad de entender esta verdad es la que me ha hecho apreciar el consejo que ofrece lord Moran en *Anatomía del valor* y convertir su libro en la biblia a seguir en el proceso de aprender a disciplinar el miedo.

Prólogo a la segunda edición

En el verano de 1919, a mi regreso de la guerra en Francia, leí en *The Times* que el Gobierno había creado una comisión para investigar la neurosis de guerra y que ninguno de los miembros que la componían había estado ni mucho menos cerca de las trincheras. Así que decidí enviar una carta al periódico. Un amigo me hizo notar que, dado que yo era bastante desconocido, el escrito tendría que ser breve si quería que lo publicasen. El asunto me afectaba demasiado, de modo que, lejos de seguir su consejo, convertí mi carta en un extenso ensayo sobre el valor. Cuando estuve lista, mi mujer la acercó en bicicleta a Printing House Square. Pasaron los días y el texto no aparecía publicado, de modo que di por hecho que lo habrían rechazado, pero un día me topé con él en la página central de *The Times*. Ocupaba una columna entera. Animado por esta circunstancia, me senté y escribí una segunda carta sobre la relación entre capital y mano de obra. Estaba de suerte: al día siguiente, mi misiva ocupaba una columna y un cuarto de la página central.

Curtis Brown, un importante agente literario, leyó ambas cartas y me pidió que acudiera a verle. Me invitó a escribir un libro basado en ellas. La idea me entusiasmó, pero cuando él me preguntó a qué me dedicaba, sacudí la cabeza. «No puede usted escribir un libro mientras lleve esa clase de vida», gruñó. Y tenía razón; es más, pasaron veinticinco años antes de que consiguiera redactar *Anatomía del valor*.